KILLER CONTRA KILLER

Tomas J. Reyes

Capítulo 1

KILLER CONTRA KILLER

Tomás J. Reyes

Registro de propiedad intelectual N° 288.051

KILLER CONTRA KILLER

Tomás J. Reyes

Editorial *Barrio Místico*

Segunda edición: digital.

Diciembre del 2019

Registro de propiedad intelectual N°288.051

ISBN: 956-265-149-5

Diseño de portada: Máximo Jara Reyes.

Derechos reservados.

KILER CONTRA KILLER

_____

NOVELA

TOMÁS J. REYES

A Carmen Gloria Reyes, porque a ella pertenece la versión oral, la primera y más valiosa de esta historia.

"Allá hallarás mi querencia. El lugar que yo quise. Donde los sueños me enflaquecieron. Mi pueblo, levantado sobre la llanura. Lleno de árboles y de hojas como una alcancía donde hemos guardado nuestros recuerdos. Sentirás que allí uno quisiera vivir para la eternidad." J. Rulfo

I

Revisó el revólver en la sobaquera y lo sintió helado, como si llevara un cadáver metido bajo la chaqueta. Era un muchacho aún, pero tenía edad suficiente para ir por lo suyo. Deseaba completar su destino; ese que su padre dejó por escrito la madrugada del incidente; ese que él, Jenaro Zúñiga, descifró en una época de rabia mordida y sufrimiento.

Atravesó la calle con la mirada en el asfalto quebradizo y, de pronto, escuchó la voz de su papá hablándole desde dentro del cráneo y aminoró

el paso:

“No lleves ese animal ahí dentro, m'hijo, escúchame. Por algo soy tu ‘paire’. Las armas las carga el ‘diaulo’, lo sabes, te lo enseñé de chiquitito. ¿Qué sacas con llevarla tan cerca de tu corazón? Un animal como ése te come el alma. ¿Acaso no viste cómo se comió al asesino esa madruga’?”

Capítulo 2

II

Levantó la cabeza y miró el paisaje del mundo como despidiéndose, como si aquella pasada fuera la última. Le parecían queribles los muros con enredaderas, las hojas tapizando la calle y los tejados, pero les temía a las hojas que saltaban y acosaban con el viento.

Se detuvo un momento en un frontis de aquellos que le gustaría recordar siempre. Pero, no sabía bien por qué le atraían tanto las fachadas de casas coloniales y aquella en especial. Quizá, porque alguna vez escuchó que tocaban un piano, o porque vio una muchacha preciosa caminar distraída por los corredores, aunque, se inclina por aquello de que le parece una casa desolada, una casa justo para él, que se considera un hombre solitario.

—Aquí, en este barrio, están las casas más antiguas de la ciudad —le dijo la madrina Teresa, y él, le creyó siempre cada palabra. Fue una mujer buena y, Jenaro, lo notó en sus manos, sus gestos, sus palabras, pero, sobre todo, en el fondo de sus ojos cálidos. Por ella y solo por ella, quería tanto esas calles y caserones a punto de caer.

—Ya sé, madrina, me lo has dicho antes —le respondió.

—Sí, pero lo importante se repite, porque la memoria es frágil, hijo —justificó ella, y Jenaro se quedó en silencio, en ese silencio que acepta la postura del más viejo, del que sabe más.

Le gustaban los pastelones de cemento levantados por las raíces de los árboles. En ellos constataba la fuerza enorme y oculta de la naturaleza, una fuerza que reconoció de niño en las inundaciones, las ventoleras y, sobre todo, en los temblores. Pero, también, le atraían porque los reconoció desde el primer día, cuando se agolparon todas las esquinas ante él, el mismo día en que arribó por primera vez a la ciudad de San Cristóbal Navegante, y las cosas lo atacaron directo a los ojos. «¡Qué maravilloso verlas brillar y encandilar! Lástima que no alcanzaran en un solo golpe de vista», pensó.

Capítulo 3

III

Lo trajeron obligado a la ciudad. Un niño de once años criado a todo campo, encerrado de pronto en una prisión de paredes, calles, puertas, verjas y gente desconocida. Tomaba la mano de mamá, pero con un miedo que no lograba entender, quizá el mismo que le dejaron los ojos muertos y la sangre que cubría el pecho de su padre. Un miedo que lo obligaba a escuchar cada vehículo, voz y ruido del bochinche constante de una urbe. Miraba con igual extrañeza los detalles de una ventana en arco, los de una tienda con letrero luminoso o aquel cielo citadino recortado a la mitad por los filos de los techos, los edificios, o escondido detrás de las ramas. Un cielo tan distinto al de Domulgo.

Su madre lo abandonó en la casa de la madrina Teresa. Han pasado más de quince años y nunca se imaginó lo que puede ocurrir en un abismo de tiempo como ese. Nadie sospecharía siquiera las batallas perdidas contra el sosiego que mata los domingos, contra los veranos que derriten y los inviernos que cortan los dedos de los pies.

—Te quedarás aquí por un tiempo —le subrayó su madre—, así que pórtate bien con tu mairina.

—No, mamá...

—Te quedarás aquí porque tienes que estudiar.

—Trabajaré en el campo, mamá, cuidaré las ovejas de mi papá —expresó Jenaro sollozando.

En esos mismos años de abandono, empezó a escuchar las voces que lo acosaban: la de su padre, ya muerto; y la de su madre, que aún vivía. Al principio, tuvo miedo, se tapaba los oídos con las manos. De puro asustado, se lo contó a la madrina una mañana, y ella hizo como si no hubiera oído, aunque, al rato, le aseguró: «esta casa es tan vieja, que hasta las murallas hablan, hijo». Sin embargo, Jenaro escuchaba las voces en todas partes.

«Jamás te dejé, Jenaro, hijo mío, ni te abandoné en esa casa. Soy tu madre, quise salvarte del dolor que aplasta y asfixia y de unos laberintos sin ventanas ni sueños. Quise salvarte de ese mie'o que te consumía el alma y que no te dejaba dormir. Llené la casa de velas y más velas, para

que no te acosaran los fantasmas en la oscuridad. Quise que olvidaras la sangre y la muerte que yo permití y que se ha empeñado en marcar tu destino. No sabes el dolor que me hincha el cuerpo, no sabes cómo tiemblo cada día por la vergüenza, por la mugre. Sé que quieres volver a los jardines naturales, en Domulgo, y que quieres ir por bosques perdi'os en la niebla buscando las quebradas del agua sagra' de los campos. Conozco tus deseos como si fueran míos, hijo, por algo estuviste en mi vientre, por algo bebiste de mi pecho. Perdona si sientes que te abandoné en esos pasa'izos, perdona si te expuse al toro enfureci'o de la soledad. Ya vendrán mejores días, Jenaro, hijo, y correrás de nuevo por praderas y viñedos, montarás los caballos que pastan en la lejanía, como en esas mañanas clarísimas, cuando salías camino del pueblo con tu papá. Parece que estoy viendo tu sonrisa y la de él, levantando sus manos para despedirse. Luego esas sonrisas se apagan y sueño con quebradas oscuras, manchadas con la sangre de él, y te veo persiguiendo ovejas también oscuras, manchadas con su sangre. Otras veces veo su cadáver junto a la cama, que abre los ojos y me mira y estira su mano hacia mí. Una mano pálida y lenta, de persona que lleva la muerte. Lo miro a los ojos y parece invitarme y yo quiero y no quiero, hasta que escucho su voz clarísima cuando me nombra: María Inés, María Inés; así como solo él me 'ecía. ¿Te acuerdas? Y entonces me decido de una vez y lo acompaño por el sendero al país de los muertos.»

Capítulo 4

IV

La presencia de Jenaro destilaba un dolor delgado y filoso, capaz de cortar a cualquiera por la mitad, sin embargo, no tenía un mal corazón. Terminó queriendo a su madrina como si fuera su madre y, al mismo tiempo, intentó ser el hijo que ella no tuvo. Aquella mujer hacía su parte, solía esperarlo con una comida especial los viernes a la tarde y, los domingos, al anochecer, lo encaminaba hasta la puerta del internado con una bolsa de golosinas, huevos duros, biscochos con manjar casero y otras cuantas delicias para la semana.

Los domingos, lo vestía con la mejor camisa, pantalones de tela, zapatos de cuero lustrados y lo llevaba a la misa de nueve. Le enseñó las oraciones más difíciles con paciencia de bordadora, que lo era y de las buenas. Pensando en esas experiencias con su madrina, abandonó la vista del frontis de la casona y, después de recorrer varias cuadras, se detuvo frente al templo San Agustín.

Lo recibieron las cuatro enormes columnas de cemento y piedra. La gran nave permanecía casi en penumbras, iluminada, apenas, por la luz que entraba desde unas ventanas angostas y en forma de arco. Un fuerte olor a incienso impregnaba el aire, casi compacto, al interior del templo. Avanzó en puntillas, como si no quisiera que las tablas soltaran su crujido insignificante. Se sentó en la última banca y miró la pila de agua bendita donde su madrina se persignaba al entrar. «Si toco esa agua me quemo. Si la toco, la convierto en ácido o en lava», pensó. Se puso de rodillas y apretó los párpados por varios minutos, como si quisiera dormir a la fuerza.

Capítulo 5

V

Abrió los ojos, se levantó y caminó en puntillas hacia una pequeña puerta en el muro, a la izquierda. Bajó los escalones y reconoció, oculta en su gruta, a la Virgen de los desamparados. A su alrededor, unas cuantas velas encendidas y otras muchas entre derretidas y apagadas. El aroma a incienso dio paso al hedor de la esperma caliente chorreando por las murallas de ladrillo desnudo. Observó con atención los mensajes escritos en mármol, pegados alrededor de la gruta: «Gracias madrecita por el favor concedido», «Te agradezco, madre, por sanar a mi hijo enfermo de cáncer», «Gracias virgencita por ayudarme a salvar mi negocio». También había oraciones conocidas: «Dios te salve reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve, a ti clamamos los desterrados, hijos de Eva...».

—Ponte de rodillas y reza conmigo —le dijo la madrina, cuando entraron hasta la gruta por primera vez.

—Sí, madrina, lo que usted diga —contestó, y se puso de rodillas y sintió todo el peso de aquellos muros y del suelo que parecía elevarse y aplastarlo.

—Di la oración en voz alta y con el corazón, para que la madrecita te escuche.

—Sí, madrina —respondió, y oró con ella en voz alta, hasta que oscureció y quedaron alumbrados solo por unas cuantas velas que permanecían encendidas.

Sacudió la cabeza, como para librarse de aquellas imágenes, tomó los fósforos que llevaba en los bolsillos y encendió varios trozos de vela, luego se arrodilló sobre el cemento ennegrecido y pronunció una oración. La recitó exactamente como la madrina le enseñó que debía hacerlo para pedir que nada obstaculizara su camino. En seguida, se puso de pie y caminó sin distracciones hacia la calle.

Capítulo 6

VI

Avanzó hacia el edificio del liceo. Necesitaba detenerse y apreciar ese frontis envejecido. Recordó la primera vez que entró allí. Las murallas le parecieron altas y los pasillos interminables. La puerta de vidrio y madera que tenía al frente y que tantas veces atravesó y sintió como propia, en ese momento, se le antojó fría y ajena.

Se sentó en la escalera, junto a la entrada principal. Sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios y lo encendió con movimientos automáticos. «Han pasado ocho años desde que terminé el último curso», se dijo, e intuyó que todo aquel recorrido no era más que un gesto, mover la mano de lejos. Una despedida.

—No volveré a pisar estos pasillos mientras viva —le dijo Valdés, después de recibir la licencia de cuarto medio. Flaco, desgarbado, debilucho, fue uno de los que más sufrió entre esos muros.

—Yo no sé —respondió Jenaro—. Terminé queriendo estos patios, los pabellones y a los compañeros.

Reconoció en su memoria las caras de los hermanos Meza y sus secuaces, los mafiosos del internado, los que le robaron las golosinas, los víveres y la dignidad. Los mismos que lo golpearon desde el primer momento y que lo recibieron con una pateadura. «Para que sepas de una buena vez quién manda», le gritó Facundo, el mayor de los Meza, con el pie derecho cargado en su estómago.

Soportó callado los primeros meses. «¿Qué se puede hacer si uno es nadie y todos parecen aceptar los golpes y los chantajes?», se preguntó, en innumerables ocasiones. Buscó consuelo en pasillos a oscuras, o con la cabeza hundida bajo la almohada. Terminó descubriendo que estaba en un mundo hermético, donde no bastaba taladrar muros y más muros, ya que no había salida ni esperanza posible.

Capítulo 7

VII

Intentó oponerse tres o cuatro veces a los robos y chantajes, pero como ocurre en cualquier régimen dictatorial, su actitud le atrajo golpizas más largas, burlas, verdaderas sesiones de tortura. Una tarde cualquiera, se negó a entregarle la colación a Facundo y, éste, con una patada, lo dejó sin aire por casi dos minutos. Pensó que se moría. De hecho, estuvo a punto de perder la conciencia y caer al vacío o a la muerte.

Desde esa vez, pasó varias noches imaginando qué hacer y, al final, descubrió que era inútil enfrentarlos directamente. Tenían demasiados aliados entre los mismos a los que perseguían, torturaban y robaban. Intuyó que la única manera de zafar era ocultarse, escabullirse y se transformó en un experto adivinador del momento en que lo buscaban y desaparecía entre los camarotes, los pasillos o los viejos subterráneos.

Sin embargo, a pesar de los golpes y fracasos, siempre quiso romper con el círculo del abuso y no dejaba de quebrarse la cabeza buscando una salida. «Encontraré la manera, papá, ayúdame», se decía. Creaba planes, los dibujaba en hojas de cuaderno que luego quemaba para que nadie supiera lo que pasaba por su mente

Capítulo 8

VIII

Conoció a Gutiérrez y le cayó en gracia. Venía de Valparaíso: porte escaso, tez pálida ceniza, pelo rubio delgadísimo y una miopía evidente. Maltratado y perseguido desde el comienzo, igual que él, pero ordenado y estudioso como ninguno. Decidió salvarle el pellejo operando el timbre del almuerzo unos minutos antes y, de esa manera, le evitó una golpiza de aquellas que él conocía de sobra.

—Gracias —dijo Gutiérrez, con los ojos llorosos—. Te debo una.

—No me debes nada —respondió Jenaro—. Solo ayudémonos cuando podamos.

Esas pocas palabras bastaron para que se convirtiera en su aliado. Le enseñó algunos trucos para evadir a los malditos y, Gutiérrez, le ayudó a que las matemáticas fueran más llevaderas.

En esos mismos días, Jenaro, recibió la visita de María Inés, su madre, por primera y única vez. Había pasado mucho tiempo desde su llegada a la casa de la madrina Teresa. Un tiempo que no se mide en meses ni en años, sino en miedo, dolor, soledad, añoranzas inútiles y, sobre todo, lágrimas, litros y litros de lágrimas. Un tiempo suficiente como para acostumbrarse a no esperar visitas. Por eso escuchaba voces en la noche, sobre y bajo el camarote, desde dentro de la almohada. La que más oía era la de aquella mujer, que ya no sentía como su madre:

"He venido por un laberinto sin puertas a mirarte directo a los ojos. He venido desde los montes sin gracia de la costa, desde los bosques monótonos de pino que han llena'o el horizonte. Atravesé la madruga' pa' estar hoy contigo, Jenaro, mi niño, mi ángel. Llevo conmigo todas las flores, las quebra's, el viento que sopla sin temor por los valles infinitos de Domulgo. Vi una docena de caballos cuando venía, los vi hundirse tras los cerros amargos, tras las quebra's resecas. Vi a tu padre y a ti persiguiendo esos caballos hacia los bosques muertos de pino insigne, que matan to'o lo que vive. Es la culpa la que causa esas visiones y la que se mete por los oídos y por to'os los agujeros del cuerpo y la reguelve a una, como si 'juera' una enfermeda' sin pronóstico ni cura, un bicho invisible que nos va carcomiendo. Le confesé todo al padre Carmelo y después de cien credos y cien padres nuestros y cien aves marías, me absolvió. Le confesé todo al Cristo de los desampara'os y a la virgencita del cerro La

greda. Vengo limpia, hijo mío, limpia del pecado que causó la muerte de tu padre. Sé que no me perdonarás, ya que era tu padre y lo amabas. ¿Quién podría no amar a Jenaro, el viejo? El hombre más 'gueno' y más trabajador que he visto nunca, pero también el más aburri'o y monótono. Vine a tratar de hacer las paces a la que ahora es tu casa, pero estos pasillos, estos muros abollados por los años y el uso guardan muchos fantasmas 'regueltos' en su estómago. Fantasmas que escuchan las voces en las conciencias heridas, como la mía. Pregúntamelo a mí, que sé de apariciones y de almas en pena por las esquinas y los dormitorios de las casas. Jenaro, mírame a los ojos, estoy arrepenti'a y 'cansá', cansá' de los chismes y comentarios que hacen hoyos en los oídos del caserío, cansá del fantasma de tu padre que me sigue a donde voy, cansá de la culpa que me come una y otra vez, como rata encerrada en mi estómago."

Capítulo 9

IX

Le sorprendió verla en el pasillo. Fue una visita extraña, como de médico a un enfermo crónico o de juez constatando el estado de un prisionero perpetuo.

—Si te portas bien volveré antes de fin de año —dijo la mujer, mirando hacia la puerta.

—Me comportaré bien, mamá —afirmó, con voz contenida y le miró el vestido justo sobre la rodilla. Su madre era una mujer delgada y guapa todavía.

—Nada de pena, eres un hombrecito —sugirió, y le puso un billete de cinco mil pesos en el bolsillo de la camisa.

Escuchó muchas veces los pasos alejándose. Contó cada golpe de sus tacos contra las baldosas muertas. Miró su espalda y su cabello acariciar los hombros. No era el ángel que esperó por tantos meses. Aquella mujer, su madre, destilaba una frescura que salpicaba la cara y, al mismo tiempo, una dureza parecida a la de los inspectores que visitaban los pabellones de los internos sin ver ni escuchar cosa alguna, solo por el impulso de la obligación y la costumbre.

Sintió crecer la cólera como líquido efervescente en su estómago, uno muy amargo, que se mantuvo por muchos días, hasta que se convirtió en el odio crudo y feroz que llevaba dentro. Ese odio, ahora compacto, le permitió llegar a un conocimiento sencillo y especial a la vez: supo que el mundo era salvaje y que, en consecuencia, él debía ser feroz; comprendió que alguien o algo quería que se mantuviera allí, en ese internado, en esa ciudad; y que, ese alguien, podía ser una especie de dios nefasto, un dios que lo eligió para una misión que pronto conocería.

Cada noche, en la oscuridad suprema del pabellón, le rogó a ese dios que se manifestara y le pidiera directamente lo que quería de él. Nadie apareció jamás, sin embargo, hubo cambios en su forma de ver y enfrentar al mundo: perdió el sentido del peligro y, consecuentemente, el miedo se desvaneció. La noche que lo supo volvió a escuchar a su madre despidiéndose desde muy lejos:

«Hui de aquellos pasa'izos, de las voces que me persiguen. Huí de ti, Jenaro, mi niño. Estás tan grande y tan apuesto. La mujercita te cuida como si 'jueras' su hijo, uno que no salió de su vientre, pero que igual

trepó a su corazón. Quiero que sepas que voy de regreso a casa, de vuelta a la culpa infinita. Voy otra vez a mi pobreza, mis gallinas, mi huerto reseco, a esos bosques que se roban el agua y nos cierran to'os los caminos. Voy a enfrentar a mis fantasmas, esos que no duermen ni dejan dormir. Les he dicho que ya pagué mis deudas con intereses millonarios, hijo, les he recalcado que ya no tengo na' en el bolsillo ni en el corazón, pero siguen allí, esperando, siempre esperando. He sufri'o la traición en carne propia, esa misma que le propiné a tu padre. He llora'o lágrimas que desangran pero no me desangro, aunque lo deseo. He recorri'o to'as las iglesias de ro'illas, me he confesa'o con to'os los sacerdotes y el bicho sigue aquí, como demonio en el cuerpo de un niño. No quiero que vengas, Jenaro, hijo mío, escúchame bien. No quiero que te detengas a oír a los mal habla'os, que veas mi deshonra ni que pises esta tierra de carroñeros. No deseo que recorras estos caminos con sangre ni que vuelvas a visitar caseríos desiertos, pueblos abandonados. Tampoco me gustaría que escuches las palabras de los que me odian ni que te pierdas en estos bosques de pobreza e ignominia. Vete lejos, Jenaro, hijo, no soportaría ver en tus ojos la violencia, el odio inclemente por tu madre y por aquél, el innombrable.»

Capítulo 10

X

—¡Algo está pasando en el internado! —gritó Morales, el muchacho campana que tenían en el pabellón.

—¿Qué pasó? —preguntó Jenaro, que estaba ahí, a unos metros.

—No sé, hay demasiado movimiento.

—Acerquémonos a escondidas —propuso Jenaro, y avanzó por la orilla del muro.

Escuchó al director increpar a los inspectores y a todo el que se le cruzó por delante. Lo escuchó hablarles de un intruso, un espía o un ladrón, no sabía con seguridad lo que era. Los inspectores culparon a los Meza y a su grupo. «La mafia está haciendo nuevamente de las suyas», se decían unos a otros. Pero ninguno se fijó ni remotamente en él, en Jenaro Zúñiga, y eso le provocó mucha risa y tuvo que cubrirse la boca con la mano.

Pararse frente al miedo y darle cara, ese fue el secreto. En el preciso instante en que lo hizo, comenzó a actuar con más inteligencia. Estudió con minucia los detalles para atacar el puesto de golosinas un par de veces. Usó los dulces y chocolates como moneda de cambio. Compró ayuda en ciertos trabajos de arte y, sobre todo, información respecto de los días y horas en que atacarían las hordas salvajes. Burló todas las prevenciones y entró a la madrugada en las oficinas de los inspectores, también, en la del director, y dejó notas de saludo con letras recortadas de revistas y periódicos. Por eso la desesperación del mandamás y la impotencia de los subalternos.